

ALGUNOS EXTRACTOS

[...] Imagina.

Imagina una ciudad sin eros. Eso es lo que quiero decir. Me ha costado más de tres décadas saber lo que quiero decir. Imagina una ciudad sin deseo, una ciudad sin imaginación. Una ciudad donde todo es como siempre será. Donde la gente solo piensa en lo que ya sabe. Solo quiere lo que ya conoce. Solo aspira a lo útil.

En esa ciudad de periferia donde solo puede verse más acá de lo que ya existe crecimos varios millones de adolescentes en los noventa. En esa ciudad de periferia, ansiosa sin saberlo de belleza, consuelo y deseo por la vida, obsesionada sin ser consciente con el porvenir, atrapada entre el fin de mes y el principio de una nueva era, pasamos las tardes miles de adolescentes, sentados en el banco del parque, removiendo el tiempo en la olla para que no se pegase abajo con el fuego, comiendo pipas como una orquesta, un escuadrón de dragones con hambre, preguntándonos qué maravillas (y otros monstruos) habría más allá de tierra conocida.

Más allá de la autovía.

Y esa es una forma muy concreta de crecer.

Una forma muy concreta de mirar.

No era nuestro el mar, pero casi. [...]

*

[...] Entre los trece y los dieciocho años comí una media de cinco mil pipas a la semana. Eso hace unas veinte mil al mes. Doscientas cuarenta mil pipas al año. Echarlas de la bolsa a la palma de la mano, cogerlas con índice y pulgar, colocarlas entre paleta e incisivo inferior, apretar hasta que cedían, girar, buscar con la lengua el tesoro, tirar lo que sobraba.

Con ritmo, doscientas cuarenta mil pulsiones al año,
crick crack uno,
crick crack dos,
crick crack tres
y así.

Pongo aquí números como si quisiesen decir algo. Los números no dicen nada, aunque parezca que sí, ni siquiera comparándolos con otros. Por ejemplo, nada indican si los comparo con los ochocientos cincuenta *cachis* (quizá mil o dos mil) de *kalimotxo* y *pitilingorri* que bebí de los 14 a los 18. O con los cuatro mil quinientos pasos que había, dos veces al día, entre la casa de mi

abuela y el instituto, que hacen un total de sesenta y tres mil a la semana, 252.000 al mes.

Lo que quiero decir es que no importa el número, sino su música. Y que ahí había una música especial que no sonaba en los *cachis* ni en los pasos: la música de las doscientas cuarenta mil pipas al año, veinte mil al mes, cinco mil a la semana que iban alimentando una identidad.

Crick crack uno,
crick crack dos,
crick crack tres
y así. [...]

*

[...] Muchos otros sí volvieron.

Volver o no siempre fue un tema.

Había dos tipos de regresos. Primero estaban los que no habían *encajado*. Como si en Madrid o Barcelona hubiese que encajar, meterse en una caja, cuando justo es lo que no hace falta y puedes ser la persona que quieres sin la mirada del otro sobre la nuca. No encajar era un eufemismo para decir que te había ido mal. Fatal. Y no siempre por no firmar un contrato de trabajo. Podía ser que no te hubieses adaptado al ritmo, que no hubieses encontrado a tus iguales, que no hubieses descubierto el placer de la posibilidad, que el metro te comiese algo cada mañana que no te devolvía. Y es entendible: una ciudad grande no tiene por qué dar lo que uno pide, de hecho no está para oírte. Ella da a espaldas y cada uno coge lo mejor de entre lo que cae. [...]

*

[...] Padres y abuelos nos obligaron a imaginar qué queríamos ser.

Entre todos ellos pagarían la cuenta, lo tenían todo dispuesto para que las necesidades básicas de los que consiguiesen imaginar lo suyo quedasen resueltas *si te sacrificabas*.

El palpitante de la comunidad era una sinfonía muy concreta y mandaba sobre nosotros. Era la sinfonía del comienzo de una nueva era, una era que saldaría la cuenta de dos generaciones deslomadas. La primera generación de adolescentes nacidos en democracia tuvo el mandato de imaginar, pero no imaginar cualquier cosa ni de cualquier modo, sino aquello que serviría para encarnar los deseos frustrados de padres y abuelos. Éramos enanos a hombros

de gigantes, sí, pero en el nuevo orden a esos enanos se les dio la responsabilidad de hacer que los gigantes cobrasen sentido. Trascendiesen. Los abuelos y los padres preparaban todo un nuevo país para nosotros, y nosotros *solo* debíamos imaginar quiénes queríamos ser para hacer realidad su sueño: que no fuésemos como ellos mismos.

No seáis como nosotros, ¿nos oís? ¡No seáis como nosotros!

Fuimos sus emisarios en el futuro, su pacto con el diablo. Su colofón. La guinda final con la que un bizcocho se hace pastel. Un trozo más de su propio cuerpo, como un brazo, una rodilla, el pie que se adelanta mientras el ojo lo mira avanzar: la carne joven que les daría un relato. [...]

*

[...] La primera generación nacida en democracia tenía las necesidades básicas cubiertas, el mito del progreso en vena, la ideología del hambre aún latente en casa de sus abuelos y la cabeza, para siempre, en la expectativa. [...]

*

[...] El mismo año que mi madre nació en ese piso de la periferia de Santander, en Madrid se prohibió la entrada a andaluces y extremeños.

Se prohibió. La entrada.

Poca gente lo sabe, incluso los hijos y nietos madrileños de esos extremeños y andaluces lo desconocen, pero lo cierto es que la policía se desplegó durante meses en estaciones y carreteras pidiendo papeles. Según publicó *abc* a toda plana, hasta nueva orden ningún andaluz o extremeño sin contrato de trabajo y casa iba a poder entrar en Madrid. Ya estaba

bien de venir a probar suerte con lo puesto, venían a decir. Basta ya de tanta avalancha. Basta ya de que cada uno construya su casucha donde pueda, aunque por otro lado sea donde nadie querría hacerlo. Así que un decreto gubernamental vetó a los jornaleros que en los suburbios del sur y del suroeste de la capital intentaban construir sus chabolas junto a las chabolas de otros recién llegados.

Cada día de los últimos meses anteriores a la ley, tres mil familias habían llegado a ganarse la vida a una ciudad de dos millones de habitantes (seis menos que ahora, cincuenta años después). Aquel caos en el extrarradio comenzó a molestar a Franco, que se veía incapaz de gestionarlo. ¿Cómo hacemos con esta gente?, preguntaba a su círculo cercano. ¿Qué hay que hacer ahora?, insistía. Así que primero prohibió la entrada y después puso en marcha la llamada gran liberalización del suelo.

Era la antesala de un *boom* inmobiliario y demográfico sin precedentes. [...]

*

[...] La grieta también fue comunitaria.

Una serpiente oscura se abrió paso por las paredes de millones de hogares en los que antes se había bailado. Pisos del desarrollismo, urbanizaciones de adosados, apartamentos de los Paus, ensanches con piscina comunitaria: todos los adolescentes de la democracia fueron convirtiéndose en adultos sintiendo, en lo más íntimo, una amenaza.

La imagen que nos hicimos de nosotros mismos no casaba con la del espejo.

La imagen que nos hicimos de las instituciones no casaba con las instituciones reales.

La imagen que nos hicimos del futuro no se parecía al presente.



«La historia de una generación que comió toneladas de pipas sentada en un banco mientras imaginaba un futuro diferente a la vez que —sin darse cuenta— asumía el mandato de sus progenitores de tener “un futuro mejor”».